



*LEYENDAS*

*URBANAS*

## *EL ARRECIFE*

*Pablo Mármol*

El establecimiento no tenía nada de extraordinario, era un bar normal, un largo pasillo con la barra a la izquierda y al fondo un pequeño comedor. Era uno de tantos locales que aquellos años poblaban las calles de Madrid. Cafés y copas a primera hora, bocadillos a media mañana, comidas caseras al mediodía, raciones durante la tarde y cubatas por la noche. La decoración no era importante, sólo, en el amplio espejo, había unos detalles marineros junto a fotos de algunos lugares pintorescos de Asturias y un póster del Sporting de Gijón.

Era un local muy acogedor, se podía estar en grupo o tal vez solo, pero en ningún caso te sentías un extraño, aquel era tu lugar, eras de allí. Los camareros Antonio, Agapito, Miguel y Pablo te trataban con amabilidad pero sin pasarse, y acodado a la barra se pasaba el tiempo, sin prisas. Se podía pensar, meditar y soñar, sin que nadie te molestara o te preguntara que estabas haciendo. El ruido de fondo era, a veces, la radio o la televisión, pero cuando estaba lleno, solo el murmullo de las conversaciones se podía oír. La clientela era habitual, cotidiana, de diario, sólo, y excepcionalmente, algún turista japonés entraba para pedir una Coca-cola. Le mirábamos durante un momento como a un intruso, pero, presuroso, se marchaba para seguir fotografiando todos los rincones de la ciudad.

A los bares siempre hemos ido a hablar, a charlar y a compartir preocupaciones, penas y alegrías. En los bares hemos hecho amigos y enemigos, y sobre todo hemos aprendido que las cosas que se dicen dentro de un bar, a veces, muchas veces, no tienen ninguna validez fuera. Es otro mundo, hoy diríamos virtual, donde se tejen quimeras y sueños. Son lugares de encuentro y desencuentro, donde es fácil idear negocios, intrigas y politiqueros que luego se quedan en nada o valen para toda la vida.

En el bar Arrecife, a principios de los años 90 tuve la suerte de conocer a Pedro Beltrán, guionista, escritor, poeta, actor, y sobre todo bohemio desde su ya olvidada juventud. El último bohemio, anarquista de corazón. Intentaba vivir de la literatura y eran malos tiempos, como siempre, para quien no procedía de una familia adinerada que le hiciera de colchón. En aquellos tiempos ser bohemio era una aventura, una especie en extinción, sobre todo en los tiempos que corren, donde la integridad de las personas se vende al peso. Quería vivir de la literatura y su vida era pura literatura, era un personaje escapado de una novela muy larga. Era un gran conversador, parecía que sabía de todo y opinaba sobre todo. Transmitía sus esperanzas, sus preocupaciones, su sabiduría aprendida de aquellos personajes que había conocido y que, para él, siempre le habían aportado algo. Muchas veces sus digresiones se mezclaban con episodios vividos o soñados, con lances donde personajes de la vida artística y cultural quedaban desnudos de valores. Conocía a muchos actores y escritores, pero no solo estaba al cabo de la calle de sus obras, también conocía a las personas. Siempre encontraba en todas algún valor, incluso en aquellos que nos parecían impresentables. Junto a la vanidad de uno encontraba generosidad, y junto al egoísmo descubría el trabajo bien hecho. Con especial maestría, como si fuera un trilero, entre el cigarrillo y el vaso vino ocultaba las palabras, que después de un trago o una chupada volvían a aparecer en largas y amenas parrafadas.

Antonio era el camarero comprensivo, capaz de ponernos aperitivos suficientes para que pudiéramos aguantar un poco más. El sabía que hacíamos una vida muy desordenada y que a veces eludíamos alguna que otra comida. Nos aconsejaba como una madre, nos sacaba a veces un caldito y nos recomendaba no beber más, tomarnos una tortilla francesa y, llegado el momento, nos pedía que nos fuéramos a casa. En el reparto de papeles, este camarero tenía el mejor y era muy apreciado por todos. El resto cada uno con su carácter, eran también personajes de una comedia sin fin, que se mezclaban con la clientela, interviniendo en las conversaciones como uno más, porque eran uno más.

Al final de la barra se situaba Andrés, viejo oficinista que parecía tener plaza fija en ese extremo de la barra. Allí, acodado, pasaba las horas bebiendo su cerveza a sorbos. Meditaba sobre su vida y sus frustraciones. Algunos decían que en otros tiempos fue un hombre muy alegre y expansivo, pero que la familia le había amargado la vida de tal manera que solo allí se encontraba bien. Era un buen caricaturista y las paredes del Arrecife, eran testigo de su habilidad. Con trazos sencillos organizaba una pequeña historieta que reflejaba a los personajes que participaban en la conversación. Esta habilidad frustrada le amargaba la vida y renegaba de su trabajo en una monótona compañía de seguros.

La galería de personajes era muy larga, todos nos conocíamos, y en algunas ocasiones, cuando alguno se quedaba descolgado, se unía a otro grupo para continuar la velada. Jóvenes y menos jóvenes, nos mezclábamos en una conversación disparatada sin principio ni fin. Todo era valido si los demás lo aceptaban. El Arrecife era nuestra segunda casa, y en algunos casos la primera.

No solo eran hombres los que frecuentaban este bar. También había grupos de mujeres. Algunos lo utilizaban para quedar con sus novias o amantes, y los mirábamos con envidia.

La vida es muy dura, sobre todo para aquellos que tienen que trabajar en un oficio, ya no se dice oficio, aburrido y sin alicientes. ¿Por qué no cambiamos de profesión? Las circunstancias, la cobardía, la falta de empuje y ambiciones, un sueldo fijo, lo que sea. Posiblemente un sociólogo podría explicarlo mejor. La mayoría no hemos nacido para triunfar, o tal vez el triunfo mayor se reduzca a momentos fugaces donde las cosas parecen salir bien. O tal vez el triunfo sea poderse mirar todas las mañanas en el espejo y saber que se ha hecho lo que se debía. Al Arrecife llegábamos aquellos que ya nos habían apartado en las empresas, según ellos por nuestra mala cabeza, de la vida profesional. A veces éramos nosotros los que nos habíamos apartado de una carrera profesional que exigía la sumisión y el peloteo. No ascenderíamos nunca, no seríamos jefes de sección, ni siquiera de grupo. ¿Y qué? Las empresas no contaban con nosotros y nosotros tampoco, salvo para cobrar la nómina a fin de mes. Sin embargo, en el Arrecife, nos transformábamos y dirigíamos con soltura la tertulia durante horas y horas, infatigables e inasequibles al desaliento.

Todos habíamos tenido nuestro momento de gloria, tal vez habíamos sido muy valientes diciéndole “no”, a un jefe un día determinado, cuatro verdades o habíamos encabezado una huelga y nos habíamos quedado solos. Tal vez, simplemente, habíamos preferido pasar la tarde en el bar, en lugar de prolongar la jornada de trabajo. La vida es mucho más que trabajar. Allí, construyendo nuestro pequeño mundo, llenos de quimeras e ilusiones, al margen de la vida oficial y construyendo nuestra vida alternativa.

Cada día tenía su afán, un grupo celebraba el triunfo de su equipo, otros mezclaban el anís Chichón con las lágrimas para renegar de una mujer. O tal vez se brindaba con ginebra que por fin nos había hecho caso. Todo era posible. Llantos y risas se mezclaban en aquel arrecife, donde marineros en tierra, buscaban en el horizonte un barco para zarpar. Porque aquellos años, aquellos marineros de tierra adentro, siempre estaban dispuestos a zarpar, a buscar aventuras, aunque fuera en la otra acera de la calle.

Diciembre 2008